

# SUBOFICIALES EN LA HISTORIA

## PERFECTO REY CASTIÑEIRA

### Sargento de Regulares

**A los tres meses de llegar a Melilla había ascendido a sargento por méritos de guerra, y en todo ese tiempo ni durmió bajo techado ni pudo separarse de las cartucheras más allá de ajustarse el correa a medida que se le iban ensanchando los calzones.**

**P**ERFECTO Rey Castiñeira era gallego; había nacido en el municipio coruñés de Zas el último año del siglo, y apenas cumplidos los dieciocho ingresó como voluntario en el Regimiento de Infantería de Zaragoza núm. 12, de guarnición en Santiago. A los tres años de servicio, siendo cabo, embarcaba en el vapor «Santo Floro» con un batallón expedicionario destinado a reforzar la zona de Melilla tras los sucesos de Annual y Monte-Harruit. Era el verano de 1921, el más tenso de los dieciocho que duró la guerra en Africa.

Ya sargento, y con once hechos de armas registrados en su particular historia, Perfecto Rey Castiñeira ingresaba en Regulares, pasando a formar parte de Grupo «Alhucemas» núm. 5. En esta unidad, compuesta por una tropa en su mayoría indígena, llegó a ser figura de excepcional relieve, igual para moros que para cristianos, pues no en balde su nombre quedó nimbado con el timbre del heroísmo al ser condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando.

Para las gentes que en la Península vivían «los felices años 20» la guerra de Marruecos había concluido con el desembarco de Alhucemas. Para muchos, ni llegó a existir siquiera; todo era cuestión de contar con cuatrocientos duros para pagar la cuota y hacer un servicio militar corto y descansado. Sin embargo, allí, en Africa, las operaciones seguían su

Aparecía sobre la cumbre una legión de rifeños armados de fusiles y granadas de mano.

A pecho descubierto subieron la pendiente hasta llegar a las bocas de fuego de los cabileños.

Relucieron bayonetas y gumías a la luz rojiza de un crepúsculo de fuegos y de sangre.



ritmo, de pacificación o de limpieza, como quiera que se les denominase; pero en todo caso, acompañadas de los peligros y fatigas que distinguen a la guerra de la paz.

El 29 de mayo de 1926 se iniciaba una importante operación que tenía por objeto la pacificación de la kabilia de Bocoia; al decir de entonces, la más brava del Rif, por estar constituida por descendientes de piratas refugiados en el siglo XVI tras la derrota del célebre Barbarroja. Historia o leyenda, lo cierto es que la fama de aquellos guerreros indomables exigía de otros no menos templados para lograr una victoria estable por la fuerza de las armas; y entre los elegidos para la misión, tocó el mayor protagonismo a las Fuerzas Regulares.

En esta operación sobre Bocoia, el sargento Rey mandaba dos escuadras de askaris a las órdenes del alférez Sainz Alcaine, un año antes suboficial. El objetivo fijado en cada caso era una pedriza recubierta de chaparros para el sargento, y las ruinas de una caseta para el oficial; ambos situados en la cresta de una loma desde la que se podía dar vista al valle habitado por los cabileños. La sección constituía la extrema vanguardia de toda una columna desplegada por la falda del monte y sus proximidades.

A unos pasos ya de sus respecti-

vos puntos de destino, aparecía sobre la cumbre toda una legión de rifeños armados de fusiles y granadas de mano. Uno y otro, Sainz y Castiñeira, avivaron a sus hombres hasta entablar, entre las dos vertientes, un combate cuerpo a cuerpo, que les permitió por unos momentos ocupar las posiciones asignadas. Pero en las ruinas de la caseta el enemigo había concentrado aún más sus efectivos y el choque se hacía excepcionalmente violento. El alférez Sainz resultaba herido en una pierna apenas alcanzado el objetivo, y las bajas en el primer encuentro ya eran numerosas. No obstante su estado, Sainz conseguía hacerse con las paredes de la caseta y repelía a los cabileños; pero en la huida, uno de ellos le disparó a quemarropa y el oficial fallecía instantáneamente. Por su parte, Rey Castiñeira había conseguido establecerse en una defensiva aceptable, parapetando a su gente tras las piedras. Y en un momento de respiro, cuando miraba hacia el lugar donde su jefe de sección se suponía igualmente dedicado a la defensa de los murallones, pudo ver cómo los askaris abandonaban precipitadamente su reducto e iniciaban una desordenada retirada cuesta abajo, mientras los cabileños volvían a aparecer sobre la cumbre, abatiendo a los pocos que aún quedaban entre los restos de la caseta hundida.

Consciente de lo que había ocurrido, Rey Castiñeira, sin pensárselo dos veces, se lanzó desde el ligero

parapeto a la zona batida por donde ya corrían en desbandada los supervivientes de las ruinas. Gritando y profiriendo todo tipo de exclamaciones conminatorias a la calma, se interpuso en el camino de los huidos, y en medio de un intenso tiroteo, procedente de la cercana altura, lograba detener el espanto de aquellos hombres que acababan de contemplar el cadáver de su jefe.

La distancia que separaba a Rey y a los askaris del objetivo ahora ocupado por el enemigo, era apenas de un centenar de metros; pero la pendiente del terreno y el nutrido fuego que desde arriba se les hacía, eran obstáculos más que suficientes para que sólo un hombre excepcional, bien templado, intentase la aventura de una reconquista.

Rey Castiñeira no estaba dispuesto a ceder aquel importante refugio al enemigo; máxime cuando en el interior se hallaba el cuerpo sin vida de su jefe y amigo Sainz Alcaine.

A pecho descubierto y subiendo a la carrera la cuesta pina que momentos antes bajaran los soldados, llegaban hasta las bocas de fuego de las armas de los cabileños; y allí, en un duelo a muerte entre defensores y atacantes, relucieron bayonetas y gummias a la luz rojiza de un crepúsculo entenebrecido por el estallido de granadas y los gritos de dolor de los heridos. Pero las ruinas se ocuparon, y el enemigo se perdía en la noche llevándose consigo el triste botín de sus cadáveres.

Arriba, en la cumbre de la loma, Rey Castiñeira contaba también sus bajas: catorce hombres yacían entre las ruinas de la caseta, unos muertos, otros agonizantes, y los que más, echados sobre los muros, sangrantes o agotados de fatiga. Él tenía las piernas llenas de metralla, una granada había hecho explosión a escasos metros, y ahora debía seguir toda la noche en permanente vigilia para evitar ser desbordado por el enemigo e impedir que descendiese hasta el barranco, donde aguardaban al día los componentes de la columna.

Con las primeras luces descrestaba el tabor a todo lo largo de la cumbre. Los camilleros recogieron los heridos, y entre ellos, convertido en un espectro de ojos vidriosos y semblante cadavérico, el sargento Rey Castiñeira, que, a pesar de la gravedad de sus lesiones, había seguido al mando de la posición a lo largo de una noche interminable, en la que no cesaron de lucir las luminarias de la muerte.

Al día siguiente, ya ocupada Ba-coia, el jefe del grupo, teniente coronel Serrador, emitía un parte en el que expresaba puntualmente la heroica actuación del sargento Rey Castiñeira; señalando, asimismo, la decisiva importancia de su resistencia en las ruinas para el desarrollo total de la operación. Este documento sirvió de base, tres meses más tarde, para la iniciación del juicio contradictorio que habría de concluir, el 24 de junio de 1929, con la concesión, por el rey Alfonso XIII, de la Cruz Laureada de San Fernando.

Años más tarde, en 1932, se publicaba, en el «Diario Oficial del Ministerio de la Guerra» otra concesión de la misma recompensa para un hombre de la sección de Rey Castiñeira: el alférez de Infantería de la Escala de Reserva don Víctor Sainz Alcaine, muerto al frente del enemigo en el atardecer de aquel 29 de mayo de 1926. El Grupo de Regulares ya tenía dos laureados que añadir a la lista de sus héroes.

**M. PARRILLA NIETO**

